

Leer es mi cuento

El pequeño escribiente florentino

Edmundo De Amicis

Ministerio de Cultura de Colombia

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Ministerio de Educación Nacional

Gina Parody d'Echeona

Ministra de Educación

Texto – N. Edmundo de Amicis

Traductor – Francisco Giner de los rios

Editor - Iván Hernández

Coordinadora editorial - Laura Pérez

Ilustrador

Daniel Gómez

Comité editorial

Consuelo Gaitán, Iván Hernández,

Moisés Melo y José Zuleta

Primera edición, 2015

ISBN: 978-958-8827-47-6

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co

Impreso en abril de 2015

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

Contenido

El pequeño escribiente florentino	1
El pequeño escribiente florentino	4
El pequeño enfermero	16

El pequeño escribiente florentino

Estaba en cuarto grado elemental. Era un gracioso florentino de doce años, de cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo, menos en lo que se refería a la escuela. En esto era muy exigente y se mostraba bastante severo, porque el hijo debía ponerse en condiciones de obtener un empleo para ayudar a sostener la familia; y para capacitarse pronto necesitaba estudiar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho era aplicado, el padre lo exhortaba siempre a estudiar más. Era ya de avanzada edad el padre y el excesivo trabajo lo había además envejecido prematuramente. En efecto, para proveer a las necesidades de su familia, aparte del mucho trabajo que tenía en su empleo, se buscaba aquí y allá trabajos extraordinarios de copista, y se pasaba escribiendo sin descanso buena parte de la noche. Últimamente, de una casa editorial que publicaba libros y periódicos, había recibido encargo de escribir en las fajas el nombre y dirección de suscriptores, y ganaba tres liras por cada quinientas de aquellas tiras de papel, escritas en caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea lo cansaba y se lamentaba de ello a menudo con la familia a la hora de comer.

–Estoy perdiendo la vista –decía–. Esta ocupación de noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

–Papá, déjame hacerlo en tu lugar; sabes que tengo buena letra, lo mismo que tú.

Pero el padre respondió:

–No, hijo, no. Tú debes estudiar. Tu escuela es mucho más importante que mis fajas. Tendría remordimientos si te privara del estudio de una hora; te lo agradezco, pero no quiero, y no me hables más del asunto.

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir, y no dijo más. Pero he aquí lo que hizo: sabía que a las doce en punto dejaba su padre de escribir y salía del despacho para su habitación. Alguna vez lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce sentía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, se sentó a la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los suscriptores, y empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las fajas escritas se amontonaban, y de vez en cuando dejaba la

pluma para frotarse las manos; después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡una lira! Entonces interrumpió la tarea; dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a su cama en puntillas.

Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada.

Hacía aquel trabajo mecánicamente, midiendo el tiempo, pensando en otra cosa y no contando las fajas escritas hasta el día siguiente. Cuando estuvieron sentados a la mesa dio una jovial palmada en el hombro a su hijo, diciéndole:

– ¡Eh, Julio, mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas de trabajo anoche, un tercio más de lo acostumbrado. La mano aún está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber.

Y Julio, gozoso, decía para sí: “¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción de suponerse rejuvenecido.

¡Ánimo, pues!”.

Alentado con el éxito, al llegar la noche, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo durante varias noches. Su padre seguía sin advertir nada. Sólo una vez, cenando, se le ocurrió esta observación:

– ¡Es raro cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte! Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Pero ocurrió que, mermando así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante.

Por la mañana se levantaba rendido aún, y por la noche le costaba trabajo mantener los ojos abiertos. Una noche, por primera vez en su vida, se quedó dormido sobre su tarea de estudiante.

– ¡Vamos, vamos! –le gritó su padre, dando una palmada–. ¡Al trabajo! Julio se rehízo y continuó. Pero a la noche siguiente y en días sucesivos continuaban las cosas lo mismo, y aún peor; daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con desgano y parecía, en fin, disgustarle el estudio.

Su padre empezó a observarlo; después se mostró preocupado y, finalmente, tuvo que reprenderlo. Nunca había tenido que hacerlo por esta causa.

–Julio –le dijo una mañana–; tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti.

Estoy muy descontento ¿comprendes?

Ante este reproche, el único verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó: "Sí, cierto –murmuró entre dientes–, así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya". Pero la noche de aquel mismo día, a la hora de comer, su padre dijo alegremente:

– ¡Sabed que en este mes he ganado con las fajas treinta y dos liras más que el mes pasado! –Y diciendo esto puso en la mesa un cartucho de dulces que había comprado para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria y que todos acogieron con júbilo. Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí: ¡No, pobre padre, no cesaré de engañarte! Haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás".

– ¡Treinta y dos liras!... Estoy contento... –repetía el padre–. Pero hay una cosa –y señaló a Julio– que me disgusta.

Y Julio recibió la reconvención en silencio, conteniendo dos lágrimas que querían brotar, pero sintiendo al mismo tiempo en el corazón cierta dulzura.

Y siguió trabajando con ahínco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir.

La cosa duró así dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho y mirándolo cada vez más enojado. Un día fue a preguntar por él al maestro, y éste le dijo:

–Sí, cumple porque tiene inteligencia; pero no es tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído. Sus composiciones las hace cortas, deprisa, con mala letra. Él podría hacer más, mucho más.

Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le hizo amonestaciones más severas que las anteriores.

–Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto la vida para la familia. Tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí ni de tus hermanos ni aun de tu madre.

– ¡Ah, no, no digas eso, padre mío! –gritó el hijo, ahogado en llanto, y abrió la boca para confesarlo todo. Pero su padre lo interrumpió, diciendo:

–Tú conoces las condiciones de la familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía redoblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien liras en el ferrocarril y he sabido esta semana que no la tendré.

Ante esta noticia, Julio retuvo enseguida la confesión que estaba para escaparse de sus labios, y se dijo resueltamente a sí mismo: “No, padre

mío, no te diré nada. Guardaré el secreto para poder trabajar por ti. Del dolor que te causo te compenso de este modo. En la escuela estudiaré siempre lo bastante para salir del paso; lo que importa es ayudarte a ganar la vida y evitarte esas fatigas que te matan”.

Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de actividad nocturna y pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y amargas reflexiones del padre.

Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco a poco con el niño, y no le hablaba sino raras veces, como si fuese un hijo desnaturalizado del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía las espaldas le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste.

Mientras tanto, el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, obligándolo a descuidar cada vez más los estudios. Comprendía perfectamente que todo aquello podía terminar con sólo decir una noche: “Hoy no me levanto”; pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimientos. Le parecía que quedándose en la cama faltaba a su deber, que robaba una lira a su padre y a su familia; y se levantaba, pensando que cualquier noche podría su padre sorprenderlo, o enterarse por azar, contando las

fajas dos veces, y que entonces todo terminaría naturalmente, sin un acto de voluntad, para el cual no se sentía con ánimo. Y así continuó la cosa.

Pero una tarde, en la comida, el padre pronunció una palabra que fue decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más demacrado y más pálido que de costumbre, le dijo:

–Julio, tú estás malo –y volviéndose al padre, añadió, con ansiedad:

– ¡Mira qué pálido está! Julio mío, ¿qué tienes?

El padre lo miró de reojo y dijo.

–La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado e hijo cariñoso.

– ¡Pero está malo! –exclamó la madre.

– ¡Ya no me importa! –respondió el padre.

Aquella expresión le hizo el efecto de una puñalada en el corazón del muchacho. ¡Ah! Ya no le importaba su salud a su padre, que antes temblaba con sólo oírlo toser. Ya no lo quería, pues; había muerto en el corazón de su padre. “¡Ah, no, padre mío! –dijo para sí, con el corazón angustiado–; ahora acaba esto de veras. No puedo vivir sin tu cariño, lo quiero nuevamente entero; todo te lo diré, no te engañaré más y

estudiaré como antes, suceda lo que sucediere, para que vuelvas a quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido!”

Sin embargo, aquella noche se levantó todavía, más bien por la fuerza de la costumbre que por otra causa y cuando estuvo vestido quiso ir a saludar, volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde había trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando se volvió a encontrar en la mesa con la luz encendida, y vio aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más aquellos nombres de ciudades y personas que se sabía de memoria, le entró una gran tristeza, e involuntariamente tomó la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano tocó un libro, y éste se cayó. Se quedó helado. Si su padre se despertase... Cierto que no lo habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción, y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo..., oír acercarse aquellos pasos en la oscuridad, ser sorprendido a aquella hora, con aquel silencio, que su madre pudiese despertar y asustarse, pensar que por lo pronto su padre podría sentirse humillado en su presencia descubriéndolo todo.... Todo eso casi lo aterraba. Aguzó el oído, suspendiendo la respiración... No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó y volvió a escribir.

Las fajas se amontonaban unas sobre otras. Oyó el paso cadencioso del guardia en la desierta calle; luego, ruido de carruajes, que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde silencio profundo, sólo interrumpido de vez en cuando por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo.

Entretanto, su padre se hallaba detrás de él; se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó un buen rato; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta, y estaba allí con su blanca cabeza sobre la rubia cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas, y en un momento todo lo había adivinado; lo había recordado y comprendido todo; y un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa había invadido su alma, y lo tenía clavado allí detrás de su hijo. De repente dio Julio un grito agudísimo; dos brazos convulsos lo habían tomado por la cabeza.

– ¡Oh, padre mío, perdóname!–. Gritó, reconociendo a su padre, llorando.

– ¡Perdóname tú a mí! –respondió el padre sollozando y cubriendo su frente de besos–. Lo he comprendido todo, todo lo sé. Yo soy quien te pide perdón, santa criatura mía. ¡Ven conmigo!

Y lo empujó más bien que lo llevó a la cama de su madre, quien se
hayaba despierta; y arrojándolo entre sus brazos le dijo:

– ¡Besa a nuestro hijo, a este ángel que desde hace tres meses no
duerme y trabaja por mí, y yo he contristado su corazón mientras él nos
ganaba el pan!

La madre lo recogió y lo apretó contra su pecho, sin poder articular una
palabra; después dijo:

–A dormir enseguida, hijo mío; ve a dormir y a descansar. ¡Llévalo a la
cama...!

El padre lo estrechó en sus brazos, lo llevó a su cuarto, lo metió en la
cama, siempre acariciándolo, y le arregló las almohadas y la colcha.

–Gracias, padre –repetía el hijo–. Gracias; pero ahora vete tú a la cama;
ya estoy contento; vete a la cama, papá.

Pero su padre quería verlo dormir, y sentado a la cabecera de la cama le
tomó la mano y dijo:

– ¡Duerme, duerme, hijo mío!

Y Julio, rendido, se durmió por fin, y durmió muchas horas, gozando por
primera vez, después de muchos meses, de un sueño tranquilo,
alegrado por rientes ensueños; y cuando abrió los ojos, después de un

buen rato de alumbrar ya el sol, sintió primero, y vio después, cerca de su pecho, apoyada sobre la orilla de la cama, la blanca cabeza de su padre, que había pasado allí la noche y dormía aún, con la frente reclinada al lado de su corazón.

El pequeño enfermero

En la mañana de un día lluvioso de marzo, un muchacho vestido de campesino, calado de agua y salpicado de lodo, con un envoltorio de ropa bajo el brazo, se presentaba al portero del Hospital Mayor de Nápoles a preguntar por su padre, con una carta en la mano. Tenía hermosa cara ovalada, de color moreno pálido, ojos pensativos y gruesos labios entreabiertos, que dejaban ver sus blanquísimos dientes.

Venía de un pueblo de los alrededores de la ciudad. Su padre, que había salido de su casa el año anterior, para ir en busca de trabajo a Francia, había vuelto a Italia y desembarcado hacía pocos días en Nápoles, donde enfermó tan rápidamente que apenas si tuvo tiempo de escribir cuatro palabras a su familia para anunciarle su llegada y decirle que entraba en el hospital. Su mujer, desolada al recibir la noticia, no pudiendo moverse de su casa porque tenía una niña enferma y un niño de pecho, había mandado al hijo mayor con algún dinero para asistir a su padre, a su tata, como solía llamarlo.

El muchacho había andado diez millas de camino.

El portero, viendo la carta, llamó a un enfermero para que llevase al muchacho adonde estaba su padre.

– ¿Qué padre? –preguntó el enfermero.

El muchacho, temblando por temor de una triste noticia, dijo el nombre.

El enfermero no recordaba tal nombre.

– ¿Un viejo trabajador que ha llegado de afuera? –interrogó.

–Trabajador, sí –respondió el muchacho, cada vez más ansioso–, pero no muy viejo. Sí; que ha venido de afuera.

– ¿Cuándo entró en el hospital? –inquirió el enfermero.

El muchacho miró la carta.

–Hace cinco días, parece.

El enfermero se quedó pensando un momento; luego, como recordando, dijo de pronto:

– ¡Ah! La sala cuarta, la cama que está al fondo.

– ¿Está muy malo? ¿Cómo está? –preguntó ansiosamente el niño.

El enfermero lo miró sin responder. Luego dijo:

–Ven conmigo.

Subieron los tramos de la escalera, dirigiéndose al fondo del ancho corredor, hasta encontrarse frente a la puerta abierta de un salón con dos largas filas de camas.

–Ven –repitió el enfermero, entrando.

El muchacho se armó de valor y lo siguió, echando ojeadas medrosas, a derecha e izquierda, sobre las macilentas caras de los enfermos, algunos de los cuales, con los párpados cerrados, parecían muertos; otros miraban al espacio con ojos grandes y fijos; como espantados. Muchos gemían como niños. El salón estaba oscuro; el aire, impregnado de penetrante olor de medicamentos.

Dos hermanas de Caridad iban de uno a otro lado con frascos en la mano.

Habiendo llegado al fondo de la sala, el enfermero se detuvo a la cabecera de una cama, abrió las cortinillas y dijo:

–Ahí tienes a tu padre.

El muchacho estalló en llanto. Dejando caer la ropa que traía bajo el brazo, abandonó la cabeza sobre el hombro del enfermo, asiéndolo del brazo que tenía extendido sobre la colcha. El enfermo no hizo movimiento alguno.

El muchacho se irguió, miró otra vez a su padre y rompió a llorar de nuevo. El enfermo le dirigió una larga mirada y pareció reconocerlo. Pero sus labios no se movieron. ¡Pobre tata, qué cambiado estaba! El hijo no lo habría reconocido. Tenía blancos los cabellos, crecida la barba, la cara

hinchada, de color encendido, con la piel tersa y reluciente; los ojos muy chiquitos, los labios gruesos, toda la fisonomía alterada. No conservaba suyo más que la frente y el arco de las cejas. Respiraba angustiosamente.

– ¡Tata, tata mío! –dijo el muchacho–. Soy yo, ¿no me reconoces? Soy Cecilio, tu Cecilio, que ha venido del pueblo, enviado por mi madre. Mírame bien: ¿no me reconoces? Dime una palabra siquiera.

Pero el enfermo, después de mirarlo atentamente, cerró los ojos.

– ¡Tata! ¡Tata! ¿Qué tienes? Soy tu hijo, tu Cecilio.

El enfermo no se movió, y continuó respirando con mucho afán.

Entonces, llorando, tomó el muchacho una silla y se sentó a esperar, sin levantar los ojos de la cara de su padre. “Pasará algún médico haciendo la visita –pensaba–, y me dirá algo”.

Sumergido en tristes pensamientos irecordaba tantas cosas de su buen padre! El día de la partida, cuando le había dado el último adiós en el banco; las esperanzas que la familia había fundado sobre aquel viaje, la desolación de su madre al recibir la carta. Pensó también en la muerte. Veía a su padre muerto, a su madre vestida de negro, a la familia toda en la miseria.

Así pasó mucho tiempo. Una mano ligera le tocó en el hombro. Él se estremeció: era una monja.

– ¿Qué tiene mi padre? –le preguntó.

– ¿Es éste tu padre?–dijo dulcemente la hermana.

–Sí; es mi padre; acabo de llegar. ¿Qué tiene?

– ¡Ánimo muchacho! –respondió la monja–. Ahora vendrá el médico–. Y se alejó sin decir más.

Al cabo de media hora se oyó sonar una campanilla y vio que por el fondo de la sala entraba el médico acompañado de un practicante; la monja y un enfermero lo seguían.

Comenzó la visita, deteniéndose en todas las camas. Tanta espera le parecía eterna al pobre niño, y a cada paso que daba el médico crecía su ansiedad. Llegó, finalmente, al lecho inmediato. El médico era un viejo alto y encorvado, de fisonomía grave. Antes ya de que el médico se apartase de la cama vecina, el muchacho se puso de pie, y cuando se le acercó rompió a llorar.

El médico lo miró.

–Es hijo del enfermo –dijo la hermana de Caridad–, y ha llegado esta mañana del pueblo–. El médico posó una mano sobre el hombro del

muchacho. Después se inclinó sobre el enfermo, le tomó el pulso, le tocó la frente e hizo alguna pregunta a la hermana, la cual respondió:

–Nada nuevo.

Quedó pensativo, y luego dijo:

–Continuad con lo mismo.

El chico cobró valor para preguntar con voz compungida.

– ¿Qué tiene mi padre?

–Ten valor, muchacho –respondió el médico, poniéndole suavemente la mano en el hombro–. Tiene una erisipela facial. Es grave, pero todavía hay esperanza. Asístelo. Tu presencia le puede hacer bien.

– ¡Pero si no me reconoce! –exclamó el niño, lleno de desolación.

–Te reconocerá mañana... quizás. Debemos esperarlo así; ten ánimo.

El muchacho habría querido preguntar más cosas, pero no se atrevió.

El médico siguió adelante, y el niño comenzó la vida de enfermero. No pudiendo hacer otra cosa, arreglaba las ropas de la cama, tocaba la mano al enfermo, le espantaba los mosquitos, se inclinaba hacia él siempre que lo oía gemir, y cuando la hermana le traía de beber, tomaba de su mano el vaso y la cucharilla para asistir él mismo a su padre. El

enfermo lo miraba alguna que otra vez, pero sin dar señales de haberlo reconocido. Sin embargo, su mirada se detenía en él cada vez más tiempo, sobre todo cuando el niño le limpiaba los ojos con el pañuelo. Así pasó el primer día. Aquella noche el muchacho durmió sobre dos sillas, en un ángulo de la sala, y por la mañana empezó su piadoso trabajo.

Al segundo día se notó que los ojos del enfermo revelaban un principio de conciencia. Por momentos, la cariñosa voz del niño parecía hacer brillar una vaga expresión de gratitud en sus pupilas, y en cierta ocasión movió un poco los labios, como si quisiera decir algo.

Después de cada período de somnolencia, abría mucho los ojos, buscando a su enfermero.

El médico, en una segunda visita, le notó alguna mejoría. Hacia la tarde, al acercarle el vaso a la boca, el niño creyó ver deslizarse una leve sonrisa por sus hinchados labios. Comenzó con esto a reanimarse y a tener alguna esperanza; así que, creyendo que le podía entender, por lo menos confusamente, le hablaba de su madre, de las hermanas pequeñas, de la vuelta a su casa, y lo exhortaba a tener valor, con palabras llenas de cariño. Aun cuando a menudo dudase de ser comprendido, seguía hablando, sin embargo, porque creía que el enfermo escuchaba con placer su voz y la entonación desusada de

afecto y de tristeza de sus palabras. De esta manera pasaron el segundo día y el tercero y el cuarto, en alternativas continuas de ligeras mejorías y de retrocesos imprevistos.

El muchacho, totalmente absorto en el cuidado de su padre, y sin tomar más alimentos que algunos bocados de pan y queso, que dos veces por día le llevaba la hermana de Caridad, apenas advertía lo que pasaba a su alrededor: los enfermos moribundos, las hermanas que acudían precipitadamente por la noche, los llantos y muestras de desolación de los visitantes que salían sin esperanzas, todas las escenas lúgubres y dolorosas de la vida de hospital, que en cualquier otra ocasión lo habrían aturdido y horrorizado. Las horas, los días pasaban, y él siempre firme al lado de su tata, ansioso, atento, conmovido por los suspiros y las miradas, agitado continuamente entre una esperanza que le ensanchaba el alma y un desaliento que le helaba el corazón.

Al quinto día el enfermo se puso peor de repente.

El médico movió la cabeza, como diciendo que era asunto concluido, y el muchacho se abandonó sobre una silla rompiendo en sollozos. Sin embargo, lo consolaba una cosa; a pesar de empeorar, le parecía que el enfermo iba lentamente adquiriendo un poco de discernimiento. Miraba al muchacho cada vez con más atención y con creciente expresión de dulzura; no quería tomar bebida alguna ni medicarse sino de su mano,

y hacía con más frecuencia aquel movimiento forzado de los labios, como si quisiera pronunciar alguna palabra, a veces tan marcado, que el niño le sujetaba el brazo con violencia, animado por repentina esperanza, y le decía con acento casi de alegría:

– ¡Ánimo, ánimo, tata! Sanarás, nos iremos de aquí, volverás a casa de mi madre. Todavía hace falta un poco de valor.

Eran las cuatro de la tarde, momento en el cual el muchacho se había abandonado a uno de aquellos transportes de ternura y de esperanza, cuando por la puerta vecina de la sala oyó ruido de pasos y luego una fuerte voz; dos palabras solamente: “¡Adiós hermana!”, que lo hicieron saltar de la silla, sofocando un grito en su garganta.

En el mismo momento entró en la sala un hombre con un gran lío en la mano, seguido de una hermana. El muchacho lanzó un grito agudo y quedó como clavado en su sitio. El hombre se volvió, lo miró un instante y gritó también a su vez: “¡Cecilio!”, y se precipitó hacia él.

El muchacho cayó en los brazos de su padre casi accidentado.

La hermana, los enfermeros y el practicante acudieron y los rodearon llenos de estupor.

El muchacho no podía recobrar la voz.

– ¡Oh, Cecilio mío! –exclamó el padre, después de fijar una atenta mirada en el enfermo, besando repetidas veces al niño–. ¡Cecilio, hijo mío! ¿Cómo es esto? ¿Te han dirigido al lecho de otro enfermo? ¡Y yo que me desesperaba de no verte, después de que tu madre escribió: “Lo he enviado”. ¡Pobre Cecilio! ¿Cuántos días llevas aquí? ¿Cómo ha ocurrido esta confusión? Yo he sanado en pocos días. Estoy bien. ¿Y tu madre? ¿Y Concepción? Y el nenito, ¿cómo está? Yo me voy del hospital. Vamos, pues. ¡Oh, santo Dios! ¡Quién lo hubiera dicho!

El muchacho apenas pudo balbucear cuatro palabras para dar noticias de la familia.

– ¡Oh, qué contento estoy, pero qué contento! ¡Qué días tan malos he pasado! –y no acababa de besar a su padre.

Pero no se movía.

Vamos, pues –le dice el padre–, que podremos llegar todavía esta tarde a casa. Vamos.

Y lo atrajo hacia sí.

El muchacho se volvió a mirar a su enfermo.

–Pero... ¿vienes o no vienes? –le preguntó su padre, sorprendido.

El muchacho, vuelto a mirar al enfermo, el cual en aquel momento abrió los ojos y lo miró fijamente.

Entonces brotó de su alma un torrente de palabras.

–No, tata, espera... yo... no puedo. Mira a ese hombre. Hace cinco días que estoy aquí. Me está mirando siempre. Yo creía que eras tú. Lo quería. Me mira... yo le doy de beber. Quiere que esté siempre a su lado. Ahora está muy mal... ten paciencia, no tengo valor, no sé, me da mucha pena. ¡Mañana volveré a casa! Déjame estar otro poco. No estaría bien que lo dejase. ¿Ves... cómo me mira? No sé quién es, pero me quiere. Moriría solo: idéjame estar aquí, querido tata!

– ¡Bravo, chiquitín! –gritó el practicante.

El padre quedó perplejo mirando al muchacho, luego al enfermo.

– ¿Quién es? –preguntó.

–Un campesino, como usted –respondió el practicante–, que ha venido de afuera y entró en el hospital el mismo día que usted. Cuando lo trajeron venía sin sentido y no pudo decir nada. Quizá tenga lejos a su familia, quizá tenga hijos. Creerá que éste es uno de ellos.

El enfermo no quitaba la vista del muchacho.

El padre dijo a Cecilio:

–Quédate.

–No tendrá que quedarse por mucho tiempo –murmuró el practicante.

– ¡Quédate! –repitió el padre–. Tú tienes corazón. Yo me marcho inmediatamente a casa para tranquilizar a tu madre. Aquí tienes algún dinero para lo que necesites. Adiós, excelente hijo mío. Hasta la vista.

Lo abrazó, lo miró fijamente, lo besó repetidas veces en la frente y se fue.

El niño volvió al lado del enfermo, que pareció consolado. Y Cecilio recommenzó su oficio de enfermero. Sin llorar más, pero con el mismo interés y con igual paciencia que antes le dio de beber, le arregló las ropas, le acarició la mano y le habló dulcemente para darle ánimo. Todo aquel día estuvo a su lado, y toda la noche y aun el siguiente día. Pero el enfermo se iba poniendo cada día peor; su cara iba tomando color violáceo, su respiración se iba haciendo más ronca, aumentaba la agitación, salían de su boca gritos inarticulados, la hinchazón se ponía monstruosa. En la visita de la tarde, el médico dijo que no pasaría de aquella noche. Entonces Cecilio redobló sus cuidados y no lo perdió de vista ni un minuto.

Y el enfermo lo miraba, lo miraba y movía aún los labios a ratos con gran esfuerzo, como si quisiera decir alguna cosa, y una expresión de

extraordinaria dulzura se pintaba de cuando en cuando en sus ojos cada vez más pequeños y más turbios. Aquella noche el muchacho estuvo velando hasta que vio blanquear en las ventanas la luz del amanecer y apareció la hermana. Ésta se acercó al lecho, miró al enfermo y se fue precipitadamente. A los pocos minutos volvió con el médico ayudante y con un enfermero que llevaba una linterna.

–Está en los últimos momentos –dijo el médico.

El muchacho aferró la mano del enfermo, el cual abrió los ojos, lo miró fijamente y los volvió a cerrar.

En el mismo instante le pareció al muchacho que le apretaba la mano:

– ¡Me ha apretado la mano! –exclamó.

El médico permaneció un momento inclinado hacia el enfermo. Cuando se irguió de nuevo, la hermana descolgó un crucifijo de la pared.

– ¿Ha muerto? –preguntó el muchacho.

–Vete, hijo mío –dijo el médico–. ¡Tu santa obra ha concluido! Vete, y que tengas suerte, que bien la mereces. ¡Dios te protegerá...! ¡Adiós!

La hermana, que se había alejado un momento, volvió con un ramito de violetas que tomó de un vaso que estaba sobre una ventana y se lo ofreció al niño, diciéndole:

–Nada más tengo que darte. Llévalo como recuerdo del hospital.

–Gracias –respondió el muchacho, tomando el ramito con una mano y limpiándose los ojos con la otra–; pero tengo que hacer tanto camino a pie... que lo voy a estropear–. Y desatando el ramito, esparció las violetas por el lecho, diciendo:

–Se las dejo a él... Gracias, hermana; gracias, señor doctor–. Luego, volviéndose hacia el muerto, dijo–: Adiós... –y mientras buscaba un nombre que darle le vino a la boca el que le había dado durante cinco días–: ¡Adiós... pobre tata!

Dicho esto, puso bajo el brazo su envoltorio de ropa y torpemente, extenuado de cansancio, se fue. Despuntaba el día.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Enero de 2022